

## **Apóstatas**

Anastasio Rojo Vega

Anda dando guerra por ahí ese político con apellido de trompazo, Donald Trump, prometiendo trompadas a mejicanos y medio pensionistas como le nombren emperador; levantando aplausos entre los genuinamente americanos, tal y como se consideran los seguidores del Tea Party, con Sarah Palin; los de la Asociación Nacional del Rifle, y los restantes hijos aplicados y legítimos de los Pilgrim Fathers que, según ellos, fundaron los Estados Unidos de Norteamérica.

Deberían haber puesto a Trump en cuarentena, como a los enfermos de ébola, porque anda esparciendo terrores y a la Merkel parece haberle llegado uno de sus virus trumpeteros, el que la ha empujado a decir, en un debate en Berna, que tenemos que mantenerse en las esencias europeas, retornando a la iglesia y sumergiéndonos en la Biblia, como forma de protección contra los peligros islamistas.

¡Valientes defensores ambos de lo genuino! ¿Por qué no asume Trump que un mejicano tiene mucha más sangre nativa americana que él? ¿no se da cuenta de que los genuinamente americanos no serían los que van a sus mítines, sino los apaches, los navajos, o los sioux? La Merkel, gracias a Dios, pese a su cara de Rotenmeyer, que parece que en vez de niña nació suegra, al menos no quiere devolvernos a la época de los celtas, los íberos y la princesa Lorelei, solamente a lo europeo, porque su Dios, como el de Trump, no procede del Olimpo griego, ni del neolítico Stonehenge, sino de la Mesopotamia – hasta Abraham los judíos eran mesopotámicos - de la que hoy nos llegan los inmigrantes. ¿Defender qué? Al imperio actual le está pasando lo que al Romano, que ha comenzado a ver como se disuelve gradualmente lo genuino bajo la imparable fuerza del mestizaje de lenguas, razas y culturas. Lo de Trump y Merkel lo intentó Juliano el Apóstata en el siglo IV y ya se ve dónde quedó Roma. Ni siquiera Ben Hur era romano, también él nació en esa zona origen de las muchedumbres que los líderes discuten cómo nos repartiremos.